



# EL VIAJE INÚTIL

Camila Sosa Villada  
Ediciones Documenta  
(2018)

Si la lectura me exime de la vida familiar en la medida que se me perdona todo por ser tan aplicada con los libros, la escritura me encuentra conmigo misma. En la escuela comienzan las narraciones y me dicen que tengo talento para eso. Envían notas a mis viejos elogiando mis composiciones. No tengo conciencia, en aquel momento, de que soy yo la que escribe. Lo entiendo mucho después, pero el momento de incandescencia es ahí, en la escritura.

Una tarde, ahí en Los Sauces, llenas de aburrimiento, salimos con mi mamá a robar naranjas.

Íbamos caminando por el medio de la ruta que unía un pueblo con otro. Nos acompañaba una vecina a la que llamábamos Mimi. Los únicos vecinos con los que interactuábamos eran Mimi y sus padres: don Lalo y doña Carmen. A mí me gustaba esa familia: a veces iba a su casa y me dejaban ver televisión hasta que mi mamá iba a buscarme cuando caía la tarde.

Pero ese día en que fuimos a robar naranjas yo fui quebrada para siempre. La protección que me mantenía a una prudente distancia del conocimiento del daño se rompió y me dejó expuesta,

visible a los ojos del dolor, que desde entonces ha sido un amigo íntimo.

Íbamos caminando por el medio de la ruta y yo me quedé atrás. Mi mamá y su amiga quisieron hablar de algo que yo no debía escuchar. Tomé distancia de ellas. Entretenida con nada. Y entonces levanté la vista y las vi caminar delante de mí por una ruta desierta, dispuestas a meterse a un campo saltando alambrados, para robar naranjas. Y el cielo estaba gris, de ese color de Semana Santa, ese color de domingo de resurrección cuando todo se pone lloroso y de una inexplicable melancolía. Y me quedé quieta un segundo y pude identificar que eso que se movía dentro mío, de un lado a otro, era la tristeza. Le puse un nombre a esa sensación: estoy triste, me dije. Pero no era cualquier tristeza: era comprender por qué mi mamá estaba así, triste, en ese pueblo. Fue un momento de compasión, de un niño de seis años compadeciéndose por su madre. Compasión de ese deseo de escapar de cualquier modo al aburrimiento y la separación de su esposo que, otra vez, se había ido. De ese deseo de cometer una travesura como robar naranjas, cometer un error. Arruinarlo todo.

Ese fue mi gran eureka. Una tristeza capaz de ser reconocida, dicha, ubicada dentro mío, ubicada desde ese día y para siempre en sitios posibles de ser encontrada.

Creo que no me había gustado la idea de ir a robar naranjas y ver a mi mamá recortada en esos paisajes que no la merecían.

Yo digo, primero la escritura, luego la tristeza. Y es una victoria sobre este designio de mi familia que nunca aceptó su pobreza: yo primero supe escribir y luego aprendí a estar triste.

Que mi mamá haya sido la primera persona en el mundo que me oyó leer nos une en un pacto de ternura. La imagen de la ternura. El recuerdo de su asombro frente a mi aprendizaje.

De manera que mi papá me enseñó a escribir y mi mamá a leer. Me llevaron a la vera de un bosque y me dejaron sola ahí, esperando que entre y me pierda para siempre.

Al poco tiempo nos mudamos a Cruz del Eje y mi mamá me compró cuatro novelas para que me entretuviera, porque no teníamos televisión. *Colmillo Blanco* y *Jerry de Las Islas*, de Jack London, *El libro de la selva* de Rudyard Kipling y *Bajo las lilas* de Louise M. Alcott. Cuando me

canso de leerlas, ella continúa leyéndolas en voz alta para mí.

Escribo directamente inspirada en lo que leo. Imito esos paisajes, esos tonos, invento niños ferales criados por animales, escribo poemas de amor a mis maestras, a mis padres, y así, como si nada, salvo mi vida. Salvo mi tristeza. Me hago un mundo para mí sola.

Es como si con la llegada de la lectura y la escritura me hubiera llegado también el talento para mentir, para inventar, para exagerar y para ocultar. Descubro que tengo un poder. El poder de mentir y ser creíble. Mi primera gran mentira es que soy millonaria. Les digo eso a todos mis compañeritos del colegio. Les oculto la pobreza en que vivimos y ellos me creen. Una compañera, sin saber por qué, me sigue la corriente y da fe de todas mis mentiras.

Un día me descompongo en el colegio y mi mamá tiene que ir a buscarme. Cuando entra al aula mis compañeros le preguntan si son ciertas las mansiones, las limusinas, las mucamas y los mayordomos, los tigres en las jaulas, los monos en las ramas, y mi mamá se ríe y dice que no. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? Sólo recuerdo

que no mintió por mí a pesar de las mentiras que ella me obligaba a decir a mí. Yo ya estaba acostumbrada a mentir por ella y por mi papá. Acostumbrada a escamotear ciertos detalles de la vida del uno y del otro, a pedido de ellos. Esto no se lo digas a tu madre, esto no se lo digas a tu padre. Sus infidelidades y desaciertos tengo que aprender a ocultarlas o mentirlos. Con tantos secretos, era claro que sólo podía terminar escribiendo.

Luego también descubro que me gusta mucho un vecino al que le decían El Pequeño. Un ladroncito de juguetes rubio que me volvía loca de amor. Al parecer él también se volvía loco de amor por mí. Aprovechábamos cada juego para manosearnos y desnudarnos y perdernos en el monte a decirnos palabras de amor, a ser la mamá y el papá, a fantasear con tener hijos. Eso no impide que robe mis juguetes. Mi mamá sospecha algo y me prohíbe que juegue con él. Entonces yo le escribo cartas como si hubiera nacido para eso, para escribir cartas de amor, para escribir melodrama.

Escribo para que una historia se sepa.

La historia de mi travestismo, de mi familia, de mi tristeza en la niñez, de toda esa tristeza prematura que fue mi familia, el alcoholismo de mi papá, las carencias de mi mamá. Las mudanzas que me apartaban para siempre de los amigos, del clima de mis habitaciones, de la costumbre de los patios, de la seguridad de un escondite. Escribo para poder decir las imágenes que poblaron mi infancia. Los paisajes del campo donde comprendí que existía la tristeza, el momento en que tomé la tristeza de mi mamá y la volví mía, ese momento en que siendo muy niño decidí dolerme por la tristeza de mi mamá.

También para decir la lucha de mi familia en contra de la pobreza, una pelea que nos devastó y nos enfermó de rencores y desamor e indiferencia, todos contra todos.

Estaba ahí la necesidad de llenarnos con algo, de no permitirnos el vacío de la pobreza, el silencio de la miseria. Siempre en pos de tener algo, como una súplica al dios de la ambición. Vulgares a más no poder, llenando con chucherías las paredes de nuestros cuartos, con estampitas de santos y de vírgenes, con cortinas de mal

gusto que venían a tapar las paredes descascaradas, las manchas de crayones sobre la pintura, los ojos de esas paredes pobres que nos miraban.

Nunca aprendimos a vivir en paz esa pobreza que nos tocaba. No podía ser de otra forma. Habitar tranquilamente esa pobreza hubiera significado preguntarnos cosas, sentarnos a mirarnos con nuestra soledad.

Permitimos que la locura nos ocupe por completo con tal de resistir la pobreza.

Esa pelea contra la nada es lo que trato de escribir para que no continúe reproduciéndose. Pienso que la literatura pone en evidencia lo inútil de nuestra lucha, equivocada para siempre de enemigo.

Mis bisabuelos, mis abuelos y mis papás pensaron que todo era culpa de la pobreza. Yo estoy segura que no existía enemigo en la pobreza, que el enemigo siempre fue la idea del trabajo y el sacrificio. Los únicos enemigos fuimos nosotros, nuestras herencias, nuestras tradiciones, nuestra vocación de servidumbre, nuestra rebeldía reprimida. Por lo general, el enemigo siempre tiene nombre y apellido y la batalla está ganada cuando logramos liberarnos de ese enemigo. Ya sea



porque lo anulamos, lo matamos o encontramos un enemigo mejor.

Escribir sobre eso es mi manera de ubicar todas las vidas que me preceden en un punto concreto de la historia. Me involucro con la vejez del mundo.

Para mi familia no debe haber existido profesión más inútil que la de la escritura. Escribir no da dinero, no compra autos, no construye casas, no se va de vacaciones, escribir no es más que perder el tiempo, lo único que se tiene. La pérdida.

Me dieron ese regalo, me enseñaron a leer y a escribir, pero siempre consideraron que era un pasatiempo y nada más. No admitían que exista un cansancio en la escritura, incluso un dar más allá de las fuerzas a lo que se escribe como ellos lo hicieron con sus patrones. Para ellos, escribir no producía nada. Era un acto de vagancia. Lomos vírgenes. Así decía mi papá: los escritores son lomos vírgenes.

Escribir fue mi renuncia a todo lo que él consideraba productivo.

Ando siempre en mi ronda infantil, dando círculos dentro de mí. Tengo otra edad cuando escribo. Soy una niña travesti perversa y atribulada.